

mado por guía á Bartolomé de Las Casas, porque lo que cuenta en las *pág. 18, etc. de la Relac. de la destruc.* es manifestamente exagerado. Lo que digo del castigo dado á los naturales de Panuco, lo he tomado del testimonio del mismo Cortés, y de Gomara que escribía á su vista, sin añadir espresion alguna de improbacion. Bernal Diaz, contra su costumbre, solamente habla de esto en términos generales, *cap. 162.* Herrera, cuidadoso de paliar las acciones bárbaras de sus compatriotas, dice claramente que sesenta caciques y cuatrocientas personas de distincion fuéron condenadas á las llamas; pero pretende que solamente fuéron quemados treinta, y que los demas fuéron perdonados. *Decad. III, lib. V, cap. 7.* Mas esto es contrario al testimonio de Gomara á quien parece que Herrera consultó, pues que se encuentran muchas de sus espresiones en este mismo pasage. Los historiadores españoles mas auténticos hablan del castigo de Guatimozin. Torquemada extractó de una historia de Tezcuco, escrita en lengua mejicana, una relacion de este hecho, mas favorable á Guatimozin que la hecha por los escritores españoles, *Mon. Ind. I, 575,* segun la cual Cortés no tenia prueba alguna positiva para justificar semejante atrocidad. Bernal Diaz asegura que Guatimozin y sus desgraciados compañeros aseguraron su inocencia hasta morir, y que muchos soldados condenaron la accion de Cortés como injusta al mismo tiempo que inútil, *pág. 200, B, 201, A.*

NOTA 27, *pág. 172.*

Esta expedicion tenia por objeto el castigar á Cristoval de Olid, uno de sus oficiales, que se habia rebelado, y que trataba de formar para sí una jurisdiccion independiente. Esta sediccion pareció tan peligrosa á Cortés, y temió tanto la esperiencia y la popularidad

de Olid, que él mismo marchó al frente de las tropas destinadas á sofocarla. Segun Gomara, caminó mas de tres mil leguas por enmedio de un pais cubierto de bosques espesos, de montañas escarpadas, de ríos profundos, poco habitado, y solamente cultivado en algunos puntos. Unicamente las aventuras de los otros conquistadores del Nuevo Mundo pueden igualar á lo que sufrió á causa de la hambre, de las hostilidades de los naturales del pais, del rigor del clima, y de las fatigas de toda especie. Cortés empleó mas de dos años en esta terrible expedicion, que no fué notable por acontecimiento alguno ruidoso, pero que durante ella dió mayores pruebas de su valor, de la fuerza de su espíritu, de su perseverancia y de su paciencia, que en ninguno de los otros períodos de su vida. *Herrera, Decad. III, lib. VI, VII, VIII y IX. Gomara, Crón. cap. 163, 177. B. Diaz, 174, 190.*

NOTA 28, *pág. 174.*

Segun Herrera, el tesoro que Cortés trajo consigo consistia en mil y quinientos marcos de plata labrada, en doscientos mil pesos en oro fino y diez mil de menos quilates, en muchos diamantes de gran precio, uno entre otros que valia cuarenta mil pesos, y en varios adornos y joyas de valor, *Decad. IV, lib. III, pág. 8; lib. IV, cap. 1.* En adelante se obligó á dotar á su hija, cuando se casó, en cien mil pesos, *Gomara, Crón. c. 237;* y dejó á sus hijos una fortuna muy cuantiosa. Hemos observado ya sin embargo, que la suma repartida entre los conquistadores que entraron en Méjico por la primera vez era muy pequeña; es pues creible que las acusaciones de los enemigos de Cortés no estaban absolutamente destituidas de fundamento. Le acusaban de haberse apropiado injustamente una por-

cion exorbitante de los despojos de los Mejicanos, de haber ocultado los tesoros de Moctezuma y de Guatimozin, de haber tomado para sí el quinto del Rey, y de haber privado á sus compañeros de lo que se les debia; *Herrera, Decad. III, lib. VIII, cap. 15; Decad. IV, lib. III, cap. 8.* Aun algunos de los conquistadores tuvieron las mismas sospechas. *Bernal Diaz, c. 157.*

NOTA 29, pág. 179.

Al trazar los progresos de las armas españolas en la Nueva España, hemos seguido al mismo Cortés como á guía mas segura. Sus cartas al Emperador contienen una relacion exacta de sus operaciones; mas el vencedor ignorante del Perú no estaba en disposicion de escribir por sí mismo sus propias hazañas, y por esta razon hemos tomado los hechos de autores contemporáneos y respetables.

Francisco Xerez, secretario de Pizarro, es el primero que nos ha dado la relacion de sus hechos memorables en el Perú. Esta es una narracion sencilla é ingenua, que solo alcanza hasta la muerte de Atahualpa, acaecida en 1533; porque el autor volvió á España en 1534, é hizo imprimir, inmediatamente despues de su llegada, su reducida historia de la conquista del Perú, que dedicó al Emperador.

Don Pedro Sancho, oficial que sirvió á las órdenes de Pizarro, escribió la historia de su expedicion, que fué traducida al italiano por Ramusio, é insertada en su preciosa coleccion; mas nunca se publicó en su lengua original. Sancho volvió á España al mismo tiempo que Xerez. Todo quanto estos dos autores dicen acerca de las operaciones de Pizarro merece el mayor crédito; pero hacia tan poco tiempo que los Españoles estaban en el Perú cuando estos salieron del pais, y

habian tenido tan poca comunicacion con los habitantes, que solamente pudieron adquirir un conocimiento muy limitado de las costumbres y de los usos de este pueblo.

El historiador contemporáneo que sigue á estos, es Pedro Cieca de Leon, que publicó su crónica del Perú en Sevilla en 1553. Si hubiese acabado este autor todo lo que se propuso en el plan general de su obra, su historia habria sido la mas completa de cuantas se han escrito de todas las partes del Nuevo Mundo, porque estaba en disposicion de ejecutarlo, habiendo servido diez y siete años en América, y recorrido por sí mismo la mayor parte de las provincias de que debia hablar. Su crónica contiene una descripcion del Perú y de varias provincias adyacentes, y un pormenor histórico de los usos y costumbres de los naturales del pais, escrito con tal naturalidad y con tanta apariencia de verdad, que no se puede menos de sentir la pérdida de las demas partes de su obra.

Esta pérdida fué ampliamente reparada por Don Agustin de Zarate, que en 1555 publicó su *Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú*. Zarate, hombre de calidad, recibió una buena educacion, y estuvo empleado en el Perú en calidad de fiscal general de la hacienda pública. Su historia es muy estimable tanto por su objeto quanto por el modo con que está escrita; y como estuvo en disposicion de ser bien informado, y observó con atencion las costumbres y hechos de los Peruanos, su testimonio es sumamente respetable.

En 1571, publicó su historia del Perú Don Diego Fernandez, con el único objeto de referir las divisiones y las guerras civiles de los Españoles en este imperio. Como estuvo empleado en la administracion de los negocios públicos de aquel reino, y tenia un conoci-

miento exacto del país y de los principales actores de los hechos de que habla; y como por otra parte estaba adornado de un juicio sano y de una grande imparcialidad, puede ser colocado en la clase de los historiadores mas distinguidos por la exactitud de sus investigaciones y por el discernimiento en juzgar de los hechos que refieren.

Garcilaso de la Vega, Inca, puede ser mirado como el último historiador contemporáneo de la conquista del Perú; porque, aunque la primera parte de su historia intitulada *Comentarios Reales del origen de los Incas reyes del Perú*, no fué publicada hasta el año de 1609, setenta y seis despues de la muerte de Atahualpa, último emperador, sin embargo como habia nacido en el Perú, de un oficial distinguido y de una *Coya*, ó muger de la familia real, lo que le autorizaba para tomar el nombre de *Inca*; como ademas hablaba muy bien la lengua de los Incas, y estaba instruido en las tradiciones de sus compatriotas, su autoridad es de mucho peso, y aun preferida frecuentemente á la de todos los demas historiadores. No obstante, su obra puede ser estimada como un comentario de los escritores españoles que han tratado de la historia del Perú, compuesto de citas tomadas de los autores de que he hablado; y esta es la idea que él mismo da de sus escritos, en el *lib. I, cap. 10*. No solamente les sigue de una manera servil en la relacion de los hechos, sino que no manifiesta mayor instruccion que sus guias en la esplicacion de las instituciones y ceremonias de sus antepasados, como se vé cuando habla de los quipos, que lo hace poco mas ó menos como Acosta, y cuando cita un ejemplo de la poesia de los Peruanos, que es un mal retazo que copió de Blas de Valera, uno de los primeros misioneros cuyas memorias nunca haa sido publicadas, *lib. II, cap. 15*. Por lo demas, es

inútil buscar en los comentarios del Inca el menor orden, ni el discernimiento necesario para distinguir lo fabuloso de lo verosímil ó verdadero; con todo, á pesar de estos defectos, su obra puede ser útil. Se hallan en ella algunas tradiciones que le comunicaron sus compatriotas. El conocimiento que tenia de la lengua peruana le puso en estado de corregir algunos errores de los escritores españoles; y algunos hechos curiosos que insertó en sus comentarios, los tomó de autores cuyos escritos nunca fuéron publicados y se han perdido.

NOTA 30, pág. 185.

Puede formarse idea de los trabajos que sufrieron, y de la insalubridad de los países que recorrieron, por la mortandad extraordinaria que espermentaron. Pizarro llevó consigo ciento doce hombres, y Almagro setenta, de los cuales murieron ciento treinta en menos de nueve meses, muy pocos en la guerra, y todos los demas perecieron por las enfermedades. *Xerez, p. 180*.

NOTA 31, pág. 188.

Esta isla, dice Herrera, es tan desagradable por la intemperie de su clima, por sus bosques impenetrables, por lo escarpado de sus montañas, y por la multitud de réptiles y de insectos, que cuando se habla de ella se le da ordinariamente el epíteto de *infernál*. Rara vez se vé allí el sol, y llueve casi todo el año, *Decad. III, lib. X, c. 3*. Dampierre, que tocó en esta isla en 1685, no la describe mas favorablemente, *vol. I, pág. 172*. Miéntras estuvo cruzando en aquella costa, visitó la mayor parte de los puntos en que desembarcó Pi-

zarro, y la descripción que hace de ellos ilustra mucho las relaciones de los primeros historiadores españoles.

NOTA 32, pág. 206.

Los caballos se habían multiplicado ya grandemente en las posesiones españolas del continente. Cuando Cortés comenzó su expedición en 1518, solo pudo proporcionarse diez y seis caballos, aunque su armamento era mayor que el de Pizarro, y compuesto de personas mas distinguidas que las que conquistaron el Perú.

NOTA 33, pág. 207.

Don Antonio Ulloa y Don Jorge Juan fueron de Guayaquil á Motupé, en 1740, por el mismo camino que siguió Pizarro, y puede formarse una idea de la dificultad de su marcha por la relación que hicieron de su viage. Las llanuras arenosas situadas entre San Miguel de Piura y Motupé comprenden noventa millas, sin que se encuentre agua, árbol, planta ni verdura en esta horrible estension de ardiente arena. *Viage, t. I, pág. 399, etc.*

NOTA 34, pág. 212.

Todos los historiadores han censurado con justicia el estravagante é impertinente discurso del P. Valverde; pero aunque parece fué un fraile muy ignorante, muy supersticioso y muy distinto del buen P. Olmedo, que acompañó á Cortés, no debe sin embargo imputarsele enteramente su absurda arenga dirigida á Atahualpa. Esta fué sin duda una traducción ó una paráfrasis del formulario concertado por la junta de los eclesiásticos y jurisperitos españoles en 1509, para de-

mostrar el derecho de su Rey á la soberanía del Nuevo Mundo, y para servir de instrucción á los oficiales empleados en América, acerca del modo de tomar posesion de un nuevo país. *Vease el vol. I de esta obra, nota 23.* Las opiniones contenidas en el discurso del P. Valverde no pueden ser atribuidas al imbécil fanatismo de un solo hombre, sino al del siglo en que vivió. Gomara y Benzoni refieren un hecho que, si es cierto, él solo basta para hacer á Valverde no solamente objeto de desprecio, sino tambien de horror; pues dicen que durante la acción este fraile no cesó de escitar los soldados á la matanza, aconsejandoles que hiriesen al enemigo con la punta de la espada y no con el corte, *Gomara, Crón. cap. 113; Benzoni, Historia novi orbis, lib. III, cap. 3.* Esta conducta es muy distinta de la que tuvieron los demas eclesiásticos católicos romanos en las otras partes de la América, en donde se sirvieron de todo su crédito para proteger á los Indios, y para moderar la ferocidad de sus compatriotas.

NOTA 35, pág. 213.

Hay dos opiniones distintas relativamente á la conducta de Atahualpa. Los historiadores españoles, para justificar las violencias de sus compatriotas, pretenden que las demostraciones de amistad del Inca eran simuladas, y que al conceder á Pizarro una entrevista en Caxamarca, tenia intencion de deshacerse por sorpresa de él y de sus compañeros, y que por esta razón venia acompañado de una comitiva tan numerosa que traia sus armas ocultas para ejecutar este proyecto. Este es por lo menos el dictámen de Xerez y de Zarate, adoptado por Herrera. Mas si el Inca hubiese querido acabar con los Españoles, no es verosímil que les hubiese de-

jado pasar libremente por el desierto de Motupé, y que hubiese descuidado defender los desfiladeros de las montañas en donde habria podido atacarlos con tanta ventaja. Si los Peruanos marchando á Caxamarca hubiesen tenido intencion de arrojarlos sobre los Españoles, es extraño que un cuerpo de tropas tan numeroso, armado para el combate, no tratase de hacer la menor resistencia, y se dejase al contrario matar cobardemente por un enemigo á quien intentaba atacar. El modo con que Atahualpa se presentó en el punto convenido tenia aire de una procesion pacífica mas bien que de una empresa militar, pues el mismo monarca y las personas de su comitiva, vestidos todos de sus trages de ceremonia, venian precedidos de cierta especie de batidores desarmados. Aunque los pueblos salvages sean ordinariamente falsos y artificiosos, sin embargo, en el caso de imputar una bellaquería ó una traicion á un monarca que no tenia motivo para asustarse á vista de unos estrangeros que pedian ser admitidos en su presencia como amigos, ó á un aventurero tan osado y tan poco escrupuloso como lo era Pizarro, no es muy difícil la eleccion del culpable. A pesar del cuidado que ponen los historiadores españoles en paliar la conducta de Pizarro, es fácil notar que este tenia intencion é interes en apoderarse del Inca, y que habia tomado sus medidas al efecto ántes que hubiese podido tener la menor sospecha de los designios de este monarca.

Garcilaso de la Vega, muy solícito en justificar á los Peruanos sus compatriotas del crimen de haber querido acabar con Pizarro y con sus compañeros, no teme menos acusar á los Españoles de haber tenido mala conducta con el Inca, y esto le hace abrazar otra opinion. Este escritor dice que un hombre de talla magestuosa, larga barba y vestidos talarés, se apareció á

Viracocha, octavo Inca, y que habiendole declarado que era hijo del sol, este monarca edificó un templo en su honor, y colocó en él una imágen tan parecida como pudo ser á la forma singular bajo la cual se manifestó á su vista. En este templo es en donde se le adoraba con el nombre de Viracocha: *Part. I, lib. IV, cap. 21; lib. V, cap. 22.* Cuando los Españoles se dejaron ver por primera vez en el Perú, sus barbas largas y sus vestidos les hacian tan semejantes á la imágen de Viracocha, que los Peruanos los reputaron por hijos del sol, hajados del cielo á la tierra. Todos se persuadiéron de que el imperio del Perú tocaba al término fatal, y que el trono iba á ser ocupado por unos nuevos señores. El mismo Atahualpa, teniendo á los Españoles por enviados del cielo, estuvo tan distante de tratar de resistirles, que resolvió someterse ciegamente á sus órdenes. A estos sentimientos deben atribuirse las demostraciones de amistad y de respeto del Inca, asi como la amistosa recepcion que hizo á Soto y á Fernando Pizarro en su campo, y la respetuosa sumision con que se dispuso á visitar al general español en su cuartel; pero la declaracion de los Españoles y la respuesta del Inca fueron tan mal esplicadas por la grosera ignorancia del intérprete Felipillo, que la dificultad de entenderse mutuamente fué la causa de la catástrofe de Caxamarca.

Es muy extraño que no se encuentre señal alguna de esta supersticiosa veneracion de los Peruanos por los Españoles, en Sancho, en Xerez, ni en Zarate, historiadores anteriores á la entrevista de Caxamarca, á pesar de que los dos primeros servian entónces á las órdenes de Pizarro, y de que el último pasó al Perú poco tiempo despues de su conquista. Si el Inca ó sus enviados hubiesen dirigido á los Españoles el discurso que Garcilaso les atribuye, deberian haberse asom-

brado de semejante sumision, y se habrian servido de ellos para ejecutar mas fácilmente sus proyectos. Aunque la relacion de este autor acerca de la correspondencia del Inca con los Españoles, ántes del lance de Caxamarca, esté fundada en la suposicion de que este monarca los miraba como Viracochas ó seres divinos, *Part. II, lib. I, cap. 17, etc.*, sin embargo, su falta de atencion y su inexactitud ordinarias le hacen decir en otra parte, que los Peruanos no echaron de ver la semejanza de los Españoles con el dios Viracocha, hasta despues de la matanza de Caxamarca, y que solamente entónces comenzaron á llamarles Viracochas, *Part. I, lib. V, cap. 21*; lo cual se halla confirmado por Herrera, *Dec. V, lib. II, cap. 12*. Si se da crédito á los historiadores españoles, sus compatriotas eran tenidos en muchas partes de la América por seres bajados del cielo; pero en este caso, asi como en otros muchos á que puede dar lugar un comercio entre dos naciones cuyos progresos en la civilizacion son muy desiguales, las ideas de los que hablan son muy distintas de las de los que escuchan; porque el idioma de las lenguas americanas es tal, ó tal mas bien la simpleza de los que las hablan, que cuando veian una cosa que no habian conocido hasta entónces, y cuyo origen ignoraban, decian que era bajada del cielo. *Núñez, Ramus. III, 327, C.*

La relacion que hemos hecho de los sentimientos y proceder de los Peruanos parece mas natural y mas plausible que las otras dos, y está mas de acuerdo con los hechos referidos por los historiadores contemporáneos. Segun Xerez, *pág. 200*, perecieron dos mil Peruanos. Sancho hace subir su número á seis ó siete mil. *Ramus. III, 274, D.* Garcilaso dice que hubo cinco mil muertos, *Part. II, lib. I, cap. 25*; y el número medio que hemos tomado entre los dos extremos parece ser el que mas se aproxima á la verdad.

NOTA 36, *pág. 215.*

La prueba mas evidente de este hecho, es el viage de tres Españoles desde Caxamarca á Cuzco, cuya distancia es de seiscientas millas. Durante todo este largo camino fuéron tratados por los Peruanos con los honores que tributaban á sus soberanos y aun á sus divinidades. Con el pretexto de reunir lo que todavía faltaba para el rescate del Inca, pidieron las planchas de oro de que estaban adornadas las paredes del templo del sol en Cuzco; y aunque los sacerdotes no quisieron entregar estos adornos sagrados, y aunque el pueblo rehusó violar la morada de su dios, los tres Españoles despojaron con sus propias manos el templo de la mayor parte de sus riquezas; y el respeto que les tenian los Peruanos era tal, que aunque se asombraron á vista de este sacrilegio, no trataron de impedirle. *Zarate, lib. II, cap. 6. Sancho, ap. Ramus. III, 375, D.*

NOTA 37, *pág. 228.*

Herrera dice que despues de haber deducido el quinto para el Rey, el botin tomado en Cuzco fué repartido entre cuatrocientas ochenta personas, cada una de las cuales recibió cuatro mil pesos, cuyas cantidades hacen un millon novecientos y veinte mil pesos. *Decad. V, lib. VI, cap. 3.* Pero como la parte del general y de los demas oficiales era mucho mayor que la de los soldados, la suma total debe haber sido infinitamente mayor que la que he enunciado. *Gomara, cap. 123, y Zarate, lib. II, cap. 8,* se contentan con decir en términos generales que el botin de Cuzco debió ser de un valor mucho mas cuantioso que el rescate de Atahualpa.

NOTA 38, pág. 230.

Ninguna expedición fué dirigida en el Nuevo Mundo con un valor tan constante, ni acompañada de trabajos tan penosos como la de Alvarado. La mayor parte de los que se hallaron en ella eran, así como su jefe, veteranos que habían servido á las órdenes de Cortés, y endurecidos en todas las fatigas de la guerra en América. Aquellos de mis lectores que no puedan consultar las admirables descripciones que Zarate y Herrera hicieron de sus sufrimientos, podrán formar alguna idea de la naturaleza de su marcha desde las costas del mar hasta Quito, leyendo la relacion que Don Antonio Ulloa ha publicado del viage que hizo él mismo en 1756, casi por el mismo camino, *Viage de Don Antonio Ulloa, tom. I, pág. 178, etc.*; ó el de Mr Bouguer, que pasó de Puerto Viejo á Quito por el mismo camino que tomó Alvarado. Compara su propio viage con el del capitán español, y de esta comparacion resulta una idea que sorprende de la valentía y de la paciencia de Alvarado, abriéndose un camino por enmedio de tantos obstáculos. *Voyage du Pérou, pág. 28, etc.*

NOTA 39, pág. 231.

Segun Herrera, llevó por cuenta del Rey ciento cincuenta y cinco mil y treientos pesos en oro, y cinco mil cuatrocientos marcos de plata de ocho onzas cada uno, además de la vajilla y de los aderezos, algunos de los cuales eran de oro, y los otros de plata; y por cuenta de particulares llevó el valor de cuatrocientos noventa y nueve mil pesos en oro, y cincuenta y cuatro mil marcos de plata. *Decad. V, lib. VI, cap. 15.*

NOTA 40, pág. 241.

Los Peruanos recurrieron á otros ardidés de guerra distintos de aquellos de que se servian los Españoles. Como la caballería era el principal objeto de su terror, trataban de inutilizarla arrojando una larga correa con una piedra atada en cada uno de sus extremos, la cual enredándose al rededor del ginete y del caballo les impedían maniobrar. Herrera les atribuye esta invencion, *Decad. V, lib. VIII, cap. 4*; pero hemos observado ya en el libro cuarto, que esta arma es comun á muchos pueblos salvages que habitan la estremidad de la América meridional; y es mas verosímil que los Peruanos habiendo notado la destreza con que se sirven de ella en la caza, la adoptaron en esta ocasion, y ciertamente que los Españoles se hallaban bien incomodados para obrar. *Herrera, ibid.* Otro ejemplo hay de la industria de los Peruanos, que merece ser referido. Sacando un río de su antigua corriente, inundaron un valle en que estaba apostado un cuerpo de Españoles, y lo hicieron con tal celeridad, que solamente pudieron salvarse con mucha dificultad. *Herrera, Decad. V, lib. VIII, cap. 5.*

NOTA 41, pág. 260.

La relacion del viage de Orellana, hecha por Herrera, parece la mas circunstanciada y la mas exacta; es probable que la extrató del diario del mismo Orellana, pero las datas no estan marcadas con bastante claridad. Comenzó á bajar por el Coca ó Napo en los primeros dias de Febrero de 1541, y llegó al embocadero de este río el 26 de Agosto, habiendo tardado cerca de siete meses en hacer el viage. En 1743, M^{de} La Condamine pasó en menos de cuatro meses de

Cuenca á Para, establecimiento portugués á la entrada del río, aunque esta navegacion sea mucho mas larga que la de Orellana; *Voyage*, pág. 179: es verdad que los dos viageros estaban equipados para su viage de un modo muy distinto. Esta peligrosa empresa, á que la ambicion indujo á Orellana, y el amor de las ciencias á Mr de La Condamine, fué repetida en 1769 por M^{ma} Godin des Odonais, con el objeto de reunirse á su marido. No hay historia alguna mas singular ni mas patética que la de las fatigas que esta señora sufrió, de los riesgos á que estuvo espuesta, y de las desgracias que esperimentó en su viage. Su conducta nos ofrece una viva pintura de la fuerza que caracteriza al hombre, unida á la sensibilidad y á la ternura que son propias del otro sexo. *Lettre de Mr Godin á Mr de La Condamine*.

NOTA 42, pág. 264.

Herrera ha descripto admirablemente su indigencia. Doce hidalgos, que habian sido oficiales á las órdenes de Almagro, estaban alojados en una misma casa, y no tenian mas que una capa que llevaba cada uno á su vez cuando debia presentarse en público, mientras los otros permanecian en casa. El temor de desagradar á Pizarro impedia á sus amigos y compañeros antiguos el visitarles y el tener la mas ligera comunicacion con ellos. Es pues fácil de concebir el estado y la indignacion de estos hombres acostumbrados á vivir en la opulencia, al verse pobres y despreciados, sin tener siquiera un asilo, al mismo tiempo que aquellos cuyo mérito y servicios no podian ser comparados á los suyos vivian con profusion en magníficos edificios. *Decad. VI, lib. VIII, cap. 6.*

NOTA 43, pág. 277.

Herrera, el mas exacto de los historiadores españoles, dice que Gonzalo Pizarro poseia tierras en el valle de Chuquisaca de la Plata, que le producian anualmente una renta mayor que la del arzobispado de Toledo, silla episcopal la mas rica de la Europa. *Decad. VII, lib. VI, cap. 3.*

NOTA 44, pág. 292.

Todos los historiadores españoles describen su marcha y las dificultades de los dos partidos con mucha exactitud. Zarate nota que acaso nada se encontrará comparable en la historia, sea por lo largo de la retirada, ó sea por el ardor de la persecucion. Según su cálculo, Pizarro caminó persiguiendo al virey cerca de tres mil millas. *Lib. V, cap. 16, 26.*

NOTA 45, pág. 307.

Segun Fernandez, el mas instruido de los historiadores de aquel tiempo, el botin ascendió á un millon y cuatrocientos mil pesos. *Lib. II, cap. 79.*

NOTA 46, pág. 309.

Carvajal trató desde un principio de inducir á Pizarro á que verificase algun acomodamiento con Gasca. Como vió que Pizarro no era capaz de llevar adelante la temeraria empresa que él le habia inspirado, le aconsejó que se sometiese con tiempo á su soberano, como el partido mas seguro; y cuando Pizarro recibió por la primera vez las ofertas del presidente: « Por » Santa María, exclamó Carvajal con el tono chocar-

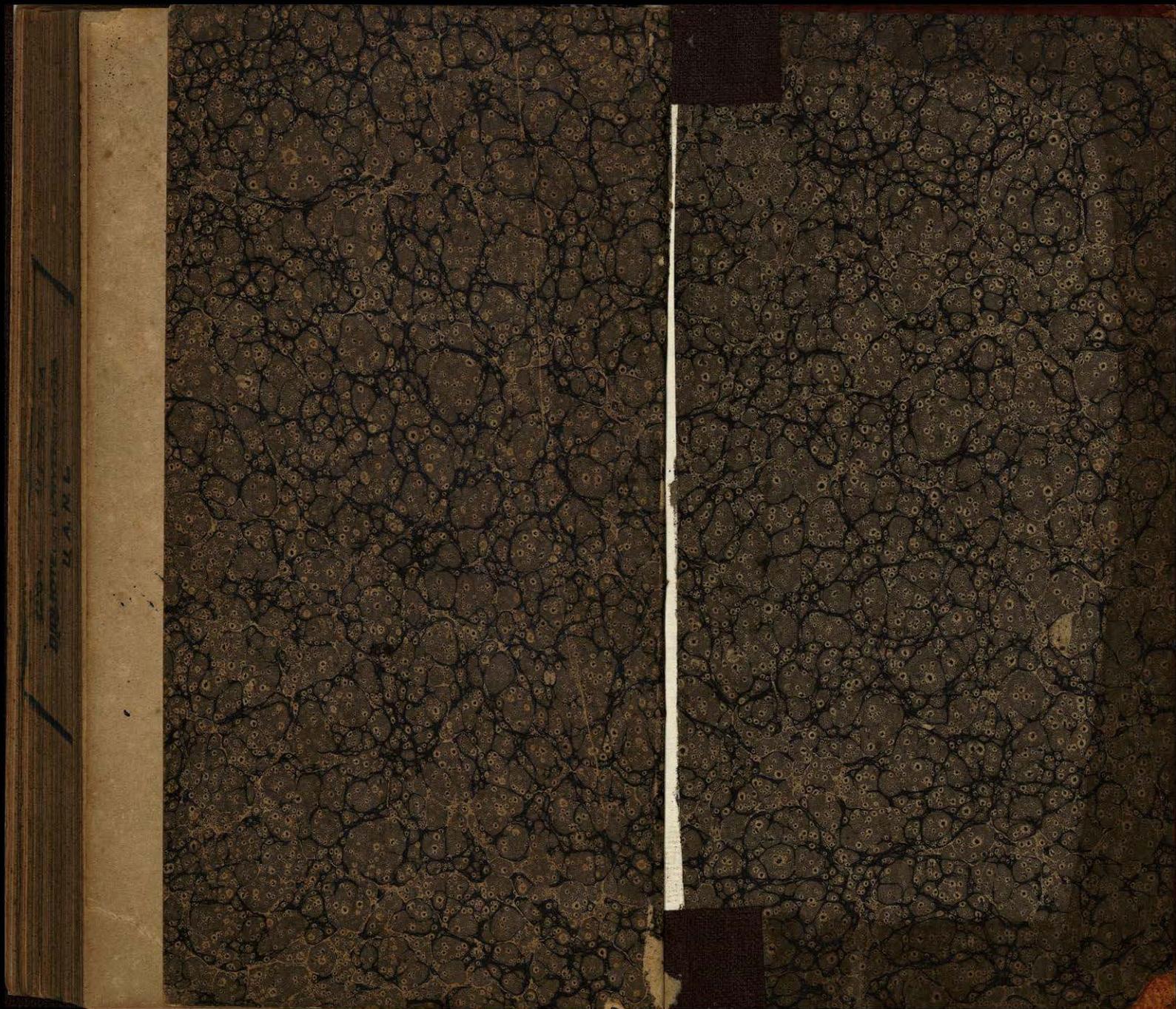
» rero que le era familiar, que el clérigo da buenas
 » bulas, y las da buenas y baratas; es necesario no
 » solamente aceptarlas, sino tambien traerlas colgadas
 » al cuello como reliquias.» *Fernandez, lib. II, c. 65.*

NOTA 47, pág. 315.

Durante el levantamiento de Gonzalo Pizarro, se-
 cecientos hombres murieron en combate, y trecientos
 ochenta fueron ahorcados ó decapitados, *Herrera,*
Decad. VIII, lib. IV, cap. 4; y mas de trecientos
 fueron destrozados por Carvajal. *Fernandez, lib. II,*
cap. 91. Zarate hace subir el número de los que fueron
 ajusticiados á quinientos. *Lib. VII, cap. 1.*

FIN DEL TOMO TERCERO.

Eduardo Zambrano
 Monterey 3/2/85



THE
LIBRARY
OF THE
MUSEUM
OF
COMPARATIVE ZOOLOGY
AND ANATOMY
HARVARD UNIVERSITY

